

Dora cumple 120 años

Gioconda Espina

giespina@gmail.com

Licenciada en Letras UCV, Maestra en Estudios de Asia y Africa del Norte del Colegio de México y Doctora en Estudios del Desarrollo del CENDES UCV. Es cofundadora de la Coordinadora de ONG de Mujeres (1985), del Centro de Estudios de la Mujer (1992) y del Área de Estudios de la Mujer de FACES UCV (2002). Su último libro es *Mujeres, filosofía, literatura y otras artes* (EAE, 2019). Enseñante del Colegio Clínico de Caracas, adscrito a la Internacional de los Foros de la Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano, en la cual es AME (analista miembro de la escuela).

Resumen

Dora fue llevada por su padre al consultorio de Sigmund Freud y diagnosticada como histérica en 1900. Cuando ella abandonó el consultorio después de manifestar cortésmente su desacuerdo con la interpretación que el psicoanalista hacía de su rechazo a los avances sexuales del mejor amigo de su padre, nunca imaginó que su proceso analítico breve (ocho sesiones apenas), publicado cinco años después, sería desde entonces y hasta hoy permanentemente citado por los psicoanalistas como ejemplo de una histeria. Y también como ejemplo de los errores en la orientación de la cura, como propuso Jacques Lacan, y en la interpretación de lo que Dora contaba a Freud, como hacen las psicoanalistas y feministas, como J. Mitchell y E. Dio Bleichmar. Compartimos la posición de Colette Soler: la lucha necesaria por la igualdad de derechos ciudadanos no autoriza a sostener la posibilidad de una igualdad de los goces singulares de cada sujeto del inconsciente.

PALABRAS CLAVE: histeria, sujeto del inconsciente, significativo amo, igualdad, goce sexual

Abstract

Dora was taken by her father to Sigmund Freud's office and diagnosed as hysterical in 1900. When she left the office, after politely expressing her disagreement with the psychoanalyst's interpretation of her rejection of her father's best friend's sexual advances, she never imagined that her brief analytical process (just eight sessions), published five years later, would be from then until today permanently cited by psychoanalysts as an example of hysteria. And also as an example of the errors in the orientation of the cure, as Jacques Lacan proposed, and in the interpretation of what Dora told Freud, as do psychoanalysts and feminists, such as J. Mitchell and E. Dio Bleichmar. We share the position of Colette Soler: The necessary struggle for equal citizen rights does not authorize the assumption of the possibility of equality for the singular *jouissances* of each subject of the unconscious.

KEYWORDS: hysteria, subject of the unconscious, significant master, equality, sexual enjoyment.

Dora es el nombre que eligió Sigmund Freud para referirse a una joven de 18 años, llevada a su consultorio por su padre --quien ya había sido paciente de Freud-- después de que le encontraran una carta que sugería intento de suicidio. Freud la atendió durante 3 meses y después de una sesión del 31 de diciembre de 1900 Dora decidió no volver. El caso fue publicado en 1905 y desde entonces, el caso de Dora ha sido el ejemplo de la neurosis histérica permanentemente citado en todas las escuelas de psicoanálisis para dar cuenta de la histeria por quienes --interpretando incorrectamente a Freud, que varias veces presentó casos de hombres histéricos-- siguen considerando femenina a la histeria, hasta el punto de convertir en sinónimos a la mujer y a la histérica. Con la misma interpretación incorrecta de Freud muchos siguen considerando a la neurosis obsesiva como masculina, como si ésta fuera algo mejor que la histeria, como si fuera algo más serio, es decir, más propia de los hombres.

Freud le dio tanta importancia a dos sueños de Dora a mitad y a final del análisis que pensó en titular el caso "Los sueños y la histeria", como una demostración --explica en la edición de 1925-- de *La interpretación de los sueños*, de 1900. Luego se decidió por el título con el que lo conocemos: "Análisis fragmentario de una histeria", fragmentario porque Dora abandonó la consulta que debió durar al menos un año, dice Freud.

En este artículo no vamos a referirnos a los sueños interpretados por Freud sino al deseo de Dora puesto el lugar del agente en el discurso del amo (Jacques Lacan, Seminario 17, *El revés del psicoanálisis*, 1970), un deseo que demanda del Otro que supuestamente sabe una explicación sobre su verdad sexual. Y a las posibles causas de esa demanda al Otro según Lacan y otras analistas que se califican a sí mismas como feministas, como Juliet Mitchell y Emilce Dio Bleichmar. Antes presentaremos el caso siguiendo paso a paso a Freud, de manera de no dejar dudas acerca de lo que ha dado pie a nuevas interpretaciones el caso.

Dora, una adolescente fastidiada y abusada

Dora, es decir, Ida Bauer, vivía con sus padres y un único hermano año y medio mayor que ella, Otto, el mismo que después sería Canciller de Austria. Freud nunca vio a la madre de Dora, pero por lo que les oyó decir a padre e hija, le parecía que se trataba de "Una mujer poco ilustrada (poco) inteligente" que podría ejemplificar lo que llama "psicosis (sic) del ama de casa (que se) pasa el día velando por la limpieza (con) exageración. (La) hija la criticaba duramente y había escapado claramente a su influencia" (Freud, 1905: 942). De entrada vemos a una hija ya no identificada con esa madre que, por cierto, cuando más velaría por la limpieza exagerada que hacían de su casa otras mujeres, pues la posición social de los Bauer era muy privilegiada. Por otra parte, la madre se ocupaba más del hijo mayor

que de Dora, lo cual coloca a Dora, como ha precisado Juliet Mitchell (2000) como *sibling*, la hermanita que llega a competir el lugar al mayor (lo mismo le pasaría a la hermanita año y medio menor de Juanito, otro famoso caso de Freud que nos ayuda a explicar las fobias infantiles.

Otto se convirtió en su modelo, quizás para ver si atraía sobre ella algo de la atención que la madre prodigaba al hermano. Dora le dijo a Freud que ella contraía cada enfermedad del hermano pero “siempre con mayor gravedad” (Id) y que, luego, desde los 12 padeció de jaquecas y ataques de tos nerviosa (la misma tos del padre) y afonía. Estos síntomas los conservaba al comenzar las sesiones con Freud. También acusaba depresión y alteración del carácter, evitación del trato social pero, en cambio, le gustaba ocupar su tiempo en “serios estudios y asistiendo a cursos y conferencias para señoras”, todo lo cual le permite diagnosticar de entrada a Freud: una *petite hystérie* con un “pretendido *taedium vitae*” (Ibid: 944). Pretendido. Leo esta palabra y recuerdo el subtítulo de la novela de Teresa de la Parra (1924). *Ifigenia. Diario de una señorita que escribía porque se fastidiaba*. No tenemos duda de que María Eugenia Alonso se fastidiaba en Caracas en 1924 como Ida Bauer en Viena en 1900. No lo pretendían, se fastidiaban por las únicas ofertas de vida que la sociedad les ofrecía.

Es el padre de Dora el que le cuenta a Freud la historia con los K. Dora cuidaba a sus niños, las dos familias veraneaban juntas en los Alpes. Un día Dora le cuenta a la madre que el señor K le había hecho una propuesta amorosa durante un paseo por el lago; K negó al padre y a un tío la acusación y además acusó a Dora “de tener un exagerado interés por la cuestión sexual” hasta el punto de que su esposa le había contado que ambas habían estado leyendo *Fisiología del amor*, de Paolo Mantegazza, publicado en 1872. El padre no rompe la amistad con los K como le pedía Dora porque, decía el padre, no había nada ilícito en su relación con la señora K. Pero sobre el episodio dellago Dora cuenta a Freud por primera vez un secreto: hay un antecedente de K, cuando ella tenía 14 años: en una casa la estrechó entre sus brazos y le dio un beso en la boca. Entonces –dice explícitamente Freud--- “en lugar de una clara excitación sexual Dora sintió una violenta repugnancia” y salió corriendo (Ibid: 946). “Esa repugnancia a los 14, concluye Freud, “es ya totalmente histérica, (contraria) a la sensación genital que una muchacha sana no hubiera dejado de experimentar en tales circunstancias” (Ibid: 947).

Está claro que desde los años 80 del siglo XX este hecho hubiera sido calificado como abuso sexual agravado por la relación de amistad de K con el padre de Dora. Pero en 1900 a Freud lo que le parece fuera de lugar no es el abuso sino el rechazo de Dora al abuso. Insiste en esto a pesar de que él mismo supone que hubo una erección del órgano de K. Observa que el asco no llegó a convertirse en un síntoma

permanente, pero sí resurgía de vez en cuando una alucinación sensorial: sentir en el busto la presión de aquél brazo, lo cual le hace pensar que en esa primera escena Dora sintió la presión del miembro de K en erección contra su cuerpo, una sensación reprimida en su recuerdo y sustituida por la sensación inocente en el busto. Habría ocurrido, pues, un desplazamiento de abajo hacia arriba. Este sería el origen de tres de sus síntomas: “repugnancia, sensación de presión en el busto y resistencia a acercarse a un hombre en diálogo amoroso con otra mujer” (Ibid: 947-948). Ni por asomo se le ocurre la posibilidad de que lo que rechazó la niña fue que el mejor amigo de su padre la tomara por asalto y a escondidas, como si fuera un coroto sin derechos sobre su propio cuerpo. K contaba con el silencio de Dora a los 14 pero cuando Dora habló a los 18 la desmintió y la acusó de ser sexualmente muy precoz.

Las familias continuaron su amistad, a pesar de que Dora sabía de la relación de su padre con la Sra. K que le había develado su institutriz, también enamorada del padre, según Dora. Del Sr. K Dora recibía postales cuando él viajaba. Y con la Sra K mantuvo una amistad hasta el final de su vida. Lisa Apignessi y John Forrester (1992) encontraron en su investigación que Ida/Dora se casó en 1903, enviudó en 1932 y murió en 1945 en New York. Su hijo único Kurt fue un músico de renombre y desde el año 38 salió a EEUU y se nacionalizó, como hicieron tantos judíos en peligro en Viena ocupada por los nazis (Freud salió el mismo año a Londres con su familia). Entre guerras Ida/Dora jugó y enseñó bridge, un oficio que compartió con su amiga Frau Zallenka/Sra K y sobre el que algunos psicoanalistas que saben de bridge han interpretado a la luz del caso.

La convicción de que su padre la había vendido a K a cambio de seguir entendiéndose con la Sra. K no cedía, aclara Freud, y la tos (copiada del padre) tampoco: “Un síntoma es la representación –realización—de una fantasía sexual” (Ibid: 958). Sin embargo una única fantasía no basta para producir un síntoma. Por una frase de Dora que Freud leyó al contrario (es una técnica, no un error del psicoanalista: Dora dijo con recursos y él leyó sin recursos) dedujo que el padre era impotente y Freud, que había sido su médico, sabía que había contraído sífilis antes de casarse. Entonces le señaló la contradicción a Dora: su padre no podía tener relaciones con la Sra. K, a lo que ella respondió que “había más de una forma de satisfacción sexual” y así él pudo darse cuenta de que ella estaba pensando en “esos órganos que en ella se hallaban en estado de excitación (la boca y la garganta” (Id), que explicaban ese cosquilleo en la garganta que precede a la tos. Tosiendo, pues, expresaba “una satisfacción sexual que suele haber entre las personas cuyas relaciones amorosas la ocupaban de continuo” (Id).

¿Por qué desapareció la tos pero no el rencor contra el padre que no le creyó su encuentro con K? Porque, explica Freud, en el lago “había resurgido en ella una

violencia resistencia contra aquél amor, renaciendo en ella su antigua inclinación hacia el padre”, pero esta explicación fue rechazada por Dora “lo cual no hace más que confirmar la represión” (Ibid: 964-965). Una nueva complicación del caso fue que junto con esa rivalidad por el amor del padre con la madre en sus primeros años, después con la institutriz enamorada del padre a quien Dora hizo despedir y con la Sra K, Dora las celaba, “una inclinación homosexual” común entre adolescentes que “en condiciones favorables (queda) totalmente cegada, pero cuando el amor hacia el hombre resulta desdichado, dicha corriente es reanimada por la libido en años posteriores” (Ibid: 965). De hecho, “puedo afirmar no haber oído nunca a Dora palabra alguna hostil contra aquella (Sra K), en la que hubiera debido ver (la) causa de sus desdichas” (Ibid: 966), pues no sólo robó el amor de su padre sino que la delató revelando que habían leído juntas a Matagazza, concluye. Esta teoría de la corriente homosexual de los y las adolescentes es lo que descamina a Freud cuando en una nota posterior declaró haberse equivocado en no atender esta posibilidad en la histeria de Dora. Y por haber seguido exclusivamente el camino de la reconstrucción edípica, se descaminó en el análisis de la paciente. Es lo que afirma Lacan en 1970.

Jacques Lacan y Dora

Del discurso del amo, uno de los cuatro discursos (lazos sociales) que Lacan establece en *El revés del psicoanálisis* (Seminario 17), parte Lacan en 1970 para añadir algo diferente a Freud en relación al caso Dora. Parte del discurso del amo pero lo hace para explicar lo que hace el discurso de la histeria (otro de los cuatro discursos, los otros dos son el discurso universitario y el discurso del analista que es el reverso del discurso del amo). Lo que dice es lo siguiente:

La experiencia de la histérica hubiera debido resultarle (a Freud) mejor guía que el complejo de Edipo y le hubiera llevado a pensar en la necesidad de reconsiderar en el nivel del propio análisis cuál es el saber que hace falta para que pueda ser puesto en cuestión en el lugar de la verdad (Lacan, 1969-1970/1992: 106).

No le extraña que la guía de Freud haya sido la identificación de Dora con el padre, puesto que desde al menos 1921 planteó que la identificación primaria siempre es con el padre, lo que resulta extraño cuando se observa en la experiencia analítica “la primacía de la relación del niño con la madre” (Ibidem: 92). Recuerda que todo sujeto $\$$ surge en la relación de un significante S1 con un significante S2, cuando comienzan a hacer cadena y que, precisamente, porque todos los significantes son equivalentes cualquiera puede adquirir la posición de significante amo,

ya que la función de un significante es representar a un sujeto ante otro significante. Pero el sujeto está ahí representado y no lo está, pues siempre hay “algo que permanece oculto en ese significante que lo representa” (Ibid: 93). Cuando Lacan se conformaba con decir que el deseo de todo sujeto es el deseo del Otro, explica, no había logrado entender que debajo del deseo está la verdad y debajo del Otro la pérdida de goce, que es el deseo del sujeto histórico que se pregunta por la relación sexual, sobre cómo puede sostenerla o no. La respuesta se la exige al Otro como lugar del saber reprimido, algo extraño al sujeto. Así que como “batería de funciones (el discurso de la histeria) no se diferencia del discurso del amo” (Ibid: 98).

El sujeto histórico coloca su deseo en el lugar del agente en el discurso del amo, se aliena al significante amo que lo divide y así se opone a ofrecerle su cuerpo: “el sujeto histórico no es un esclavo” (Ibid: 99). La mujer histérica suele hacer “una especie de huelga del cuerpo. No entrega su saber” y aunque solidaria con la función del amo lo desenmascara, sustrayéndose como objeto de su deseo. Esta es la función del que él ha llamado “padre idealizado”, como fue idealizado el padre por Dora, sobre quien Freud acertó pero también se equivocó “por sus prejuicios”, como ese de que una chica de 14 no tiene que hacer aspavientos, sentir repulsa o asco cuando un viejo se le tira encima, la aprieta y le da un beso en la boca, según registra el mismo Freud. El padre de Dora es un amo castrado, está enfermo y según parece impotente, porque esto es algo que no podría saber una chica de 18 en 1900 y tampoco ahora, a menos que alguien se lo diga o se lo oiga decir a quien sí lo sabe de primera mano ¿Por que ese padre estaría en falta para Dora entonces? Porque

El padre se constituye por apreciación simbólica; considerarlo deficiente respecto a una función de la que no se ocupa es darle una asignación simbólica. (Si) el padre desempeña su papel de amo en el discurso de la histérica (le permite) sostener su posición como mujer aún estando fuera de servicio (Ibid: 100).

El asunto de la erección en medio del ataque a Dora por K también es tratado por Lacan. Esa erección vino a aclararle a la niña que si K tiene el órgano su padre también debe tenerlo, pero a ella esta “joyita” no le interesa, lo que le interesa a Dora es el joyero, la envoltura del órgano, pues ella sabe gozar del joyero por sí misma, ella le relata a Freud que con su hermano o al igual que su hermano se masturbaba desde niña y también que, como su hermano, sufrió de enuresis, sólo que por orinarse en la cama sólo a ella la llevaron al médico, seguramente porque consideraban anormal que una niña hiciera esa cosa “normal” de los varones; sobre esto ha escrito Juliet Mitchell (2000).

Cuando K le dice a Dora en el lago: “mi mujer no es nada para mí” y Dora lo cachetea K interpreta mal esa reacción y la transmite peor al padre de Dora (cuando la desmiente)

porque “no es el goce del Otro lo que quiere Dora, lo que ella quiere es saber -- como medio del goce para que sirva a la verdad-- la verdad del amo que ella encarna como Dora. Y la verdad es que el amo está castrado. Que lo que le interesa a Dora es saber la verdad sexual lo indica esa lectura de *Fisiología del amor* con la encantadora Sra K y una escena del segundo sueño, cuando en lugar de llegar al sitio donde está su padre muerto encuentra y se pone a leer un diccionario sobre sexo.

El feminismo espontáneo de la histeria

Este es el título del libro de Emilce Dio Bleichmar de 1985 con el cual ganó el Premio Clara Campoamor y por el cual la felicitó, muy entusiasmada por su tesis, la psicoanalista vienesa radicada en Buenos Aires Marie Langer. Cuando se refiere a Dora dice Dio Bleichmar que toda la teoría de Freud sobre la histeria se funda en la “repulsa” de Dora en relación a la supuesta erección de K cuando ella tenía 14 años y recibe aquél beso en la boca. Tal repulsa sería por represión del deseo incestuoso por su padre. Cuando Dora abandona el consultorio Freud piensa y escribe después, en una nota al pie del texto de 1905, que “no atendió suficientemente la existencia de corrientes afectivas masculinas hacia la Sra K como el último estrato del inconsciente de Dora” (Dio Bleichmar, 1985:201). Pero lo que rechaza Dora es más bien el ideal de mujer de la cultura dominante que hace, de una niña o una mujer, un objeto a la mano del hombre más cercano que la desee.

127

Ciertamente, Dora se muestra más interesada en la mujer que en el hombre, pero no en el sexo con una mujer sino en un modelo de feminidad que no sea el de su madre. Más cerca de ese ideal de mujer estaba esa Sra K, admirada por su padre y “lectora de temas sexuales” (Ibid: 201), interesada por eso que –decía Lacan en el Seminario 17- le interesaba saber más que nada. Mejor que identificarse con la madre era identificarse con el padre, un industrial de infatigable actividad, rico y con dotes intelectuales, “poco vulgares”. O –agregamos- con su hermano Otto, con menos carácter que ella según dice Nancy Amstrong (1987), pero culturalmente autorizado para elegir entre varios caminos de realización personal. El “asco” o “repulsa” es una “conversión” de un sentimiento de humillación narcisista y “el narcisismo herido no deja que el deseo sexual se organice” (Dio Bleichmar, 1985: 202). La indignación de Dora y su comprensión de lo poco que era para su padre (“idealizado”, diría Lacan), ese garante “del honor de la hija” que cree más en la palabra de K que en la suya sobrepasó la felicidad “peneana” en la que insiste Freud.

Cuando K le dice a Dora en el lago que su mujer no significa nada para él Dora concluye que ella nada ha significado ni para el padre ni para K ni para la Sra K ni para la institutriz ni para nadie. Capta que su sexo no significa nada para nadie y así “su universo simbólico se desmorona ¿quién podría sostener la valorización de

su feminidad? La bofetada se hizo cargo, concluye Dio Bleichmar, ese pasaje al acto como la define Lacan en 1970 (un autor que ella debe haber leído en 1985 pero que no cita en este texto), esa cachetada en el lago se hizo cargo “de la defensa del género como algo más que la entrega del cuerpo” (Ibid: 205).

Muchas veces Dio Bleichmar vuelve al caso Dora para reinterpretarlo y comprender la histeria desde el psicoanálisis con enfoque de género. En 1991, trata otros puntos del caso Dora que ya hemos revisado con Freud y Lacan. Comienza resumiendo cinco puntos en los que hay que emplazar a los psicoanalistas:

1. Ratificar que Dora no ama a la Sra K sino que la idealiza, la convierte en modelo alternativo de feminidad distinta a la de su madre.
2. Esa frase de Freud sobre las mujeres en general consideradas como “continente negro”: ¿Qué quiere la mujer? ¿No será más bien que lo que la histérica demanda al analista es un saber sobre su feminidad sexual y que el drama humano radica en que es imposible que un sexo sepa del goce del otro? Como vemos, es una pregunta implica una respuesta totalmente lacaniana, aunque de nuevo Lacan no es citado. Recordemos que la autora pasó 8 años en Caracas estudiando a Lacan, junto a Diana Rabinovich, la psicoanalista que gestionaría la visita de Lacan a Caracas en 1981. De manera que Dio Bleichmar conocía la teoría lacaniana y la contrastaba con su experiencia clínica cotidiana como psicoanalista. La distancia con Lacan del matrimonio Bleichmar es posterior a su salida de Venezuela, primero a EEUU y luego a España, donde se radicaron. También hay que precisar que en Caracas ella nunca se interesó por la teoría y la militancia feminista en la cual se involucraría poco a poco en España, lo cual ha sido una enorme ganancia tanto para el psicoanálisis como para el feminismo.
3. No hay masculinidad primera de la niña –como afirma Freud-- sino feminidad primaria. Esta feminidad primaria se fundamenta en que la madre que alimenta, cobija y cuida, es el primer objeto de dependencia de todos los bebés. Luego, al saberse igual a la madre, la niña deseará ser el doble idealizado de la madre, querrá ser como ella, identificándose con ella y construyendo un yo ideal femenino. Así que nuestra Dora no puede haber escapado de esa feminidad primaria, por eso decíamos arriba que Dora se presenta identificada con el padre, después de una decepción con la madre de la identificación primaria. La feminidad primaria sería, pues, el núcleo más poderoso del yo ideal preedípico de la niña, continúa Dio Bleichmar. Si la fantasía de la madre con pene (con poder) se produce es para sostener la supuesta ominipotencia materna, dada

la demostrada eficiencia de la madre (o quien ejerce esa función) para sustentar la vida del bebé en la primera infancia. No se trata de que se le suponga el órgano pene al cuerpo de la madre:

este falicismo le será agregado después (cuando) la masculinidad se instituya en lo privilegiado por la cultura para designar y ejercer el poder. Este pasaje del cuerpo a lo simbólico en la determinación de la identidad, que deberíamos llamar de género y no sexual, reorienta la teoría psicoanalista de la sexualidad femenina (Ibid: 106-107).

Lo anterior explica que la niña entre a elaborar su complejo de Edipo devaluada como objeto del deseo de un hombre y que, en el futuro, no se considere a sí misma como sujeto deseante sino como objeto del deseo de un hombre. Concluye proponiendo, parafraseando a Lacan cuando habla de los psicóticos y cuando habla de los sujetos en el discurso capitalista (“¡Todos psicóticos!”... “Todos proletarios!”)... “¡Todas histéricas!” para recuperar la subversión, para impugnar la ley del deseo desigual, punto éste en el que se separa totalmente de Freud y de Lacan.

Colette Soler, de la Escuela Psicoanalítica de los Foros del Campo Lacaniano no ha dejado de trabajar, especialmente desde su libro *Lo que Lacan decía de las mujeres* (Premio Fémica), este punto específico de la lucha por la paridad de hombres y mujeres en todos los terrenos, sin excluir el del deseo y el del goce que, por otra parte, no son conceptos sinónimos. Parte Soler, desde luego, de la afirmación de Lacan de que no hay relación/proporción (*rapport*) sexual, lo cual significa que no hay simetría entre los goces de dos sujetos, pues son goces singulares de cada sujeto del inconsciente (que no es el sujeto de la ciudadanía). La lucha por los derechos como ciudadanas no puede implicar una lucha imposible por la homologación de los goces de dos sujetos en relación. Precisa Soler: “La paridad de los derechos es una cosa de la que hay que ocuparse, la paridad real es diferente, es la negación de las diferencias en nombre de la igualdad formal” (Soler, 2017: 144).

Soler se refiere a esta proliferación de demandas de igualdad en el capitalismo, esta versión del discurso del amo que está fuera de los cuatro discursos a los que Lacan se refirió en el Seminario 17 --cuando ubicó a Dora en el discurso de la histeria a partir del discurso del amo-- pues la versión capitalista del discurso del amo no hace vínculo social sino que promueve el individualismo narcísico (neologismo de Soler que suma narcisismo y cinismo) de un sujeto consagrado a la causa de sí mismo y, cuando más, consagrado puntualmente a una causa común en una militancia que no cuestiona al sistema en general. El capitalismo comprendió que, para sostenerse,

debía dar libertad para que se expresen las más diversas demandas particulares. Es un asunto que hay que seguir discutiendo, especialmente entre nosotras las mujeres organizadas por nuestros derechos ciudadanos que hemos llegado hasta aquí. Pero, ratificamos como psicoanalistas y feministas (así ha propuesto Juliet Mitchell que nos llamemos, para evitar acusaciones de un colectivo y del otro), que igualdad de derechos no incluye igualdad de los goces de hombres y mujeres, pues los goces no son colectivizables sino específicos para cada sujeto. Precisa Soler: “No hay discurso que no sea del semblante, (el) orden social da forma a los individuos y con esto todas las teorías de género podrían encontrarse allí, como también una parte de las feministas” (Idem). Y aquí justamente, en esta parte, nos ubicamos, sin pretender la homogenización de los goces ni para hombres y mujeres ni para todos los hombres ni para todas las mujeres, pues esto sería el dictado de otro amo, una orden del tipo “que todos y todas gocen como yo digo”. Este es el punto en que esta parte de las feministas se separa de Dio Bleichmar cuando retoma a S. Moscovici y propone oponerse a la ley del deseo y del goce desigual.

Referencias bibliográficas

Apignanessi, Lisa & John Forrester (1992). “Dora: An exemplary failure”. En: *Women´s Freud*. Basic Books, London y New York.

Dio Bleichmar, Emilce (1987). *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudios de los trastornos narcisitas de la feminidad*. Fontamara. No. 79.

_____ (1991). “Deshilando el enigma”, En: VVAA. *La bella (in) diferencia*. Siglo XXI, Mxico.

Freud, Sigmund (1905). “Análisis fragmentario de una histeria”. En: *Obras Completas*. 3 tomos. Biblioteca Nueva, Madrid. Traducción de Luis López Ballesteros y Torres.

Lacan, Jacques (1969-70/ 1992). *El reverso del psicoanálisis (Seminario 17)*. Paidós. Barcelona

Mitchell, Juliet (2000). *Mad Men and Medusas. Reclaiming Hysteria*. Basic Books, EEUU.

Soler, Colette (2018). *Hacia la identidad. Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano*, Pereira.